

OCIO Y MEDIO AMBIENTE: REFLEXIONES SOBRE EL ECOTURISMO

Profa. Dra. Heloisa Turini Bruhns
Departamento de Estudos do Lazer
FEF/UNICAMP. Brasil
Turismo y medio ambiente

Desenvolveré el tema propuesto tomando como eje su inserción en dos momentos. Primero, realizando una explanación sobre las nuevas emociones y sentimientos despertados por un ambientalismo en cuanto movimiento contestador de valores relativos a la producción y al consumo, y, segundo, problematizando aspectos referentes al ecoturismo.

Los nuevos ambientalismos

Al denominar la temática de la naturaleza de "paradigma perdido", Maffesoli (1996: 248) demuestra ser ésta fundamental para la comprensión de la contemporaneidad, sirviendo de referencia "a toda medida cualitativa que intenta insistir en el aspecto ético de los sentimientos, de las emociones y de las experiencias colectivas". El referido autor afirma que está habiendo una ecologización del mundo social, donde la naturaleza "no es más considerada simplemente como un objeto a explorar, pero se inscribe cada vez más en un proceso de cooperación". Pasa a ser reivindicada como un eje del mundo, en torno al cual se va a ordenar la vida social, donde nuevos vínculos sociales se irán a expresar, por medio de emociones compartidas.

Maffesoli (1998: 20) revela la posibilidad de que esteamos asistiendo "a la elaboración de una aura estética donde se reencontrarán, en proporciones diversas, los elementos que remiten a la pulsión comunitaria, a la propensión mística o a la perspectiva ecológica".

La naturaleza, "dejándose tocar en el paisaje, recuerda que la vida social reposa sobre la tactilidad" (ibid.: 247). Al mismo tiempo se opera un sentimiento de participación en un cosmos común, y el presentimiento de una armonía entre los diversos elementos de ese cosmos. Se asiste a la producción de un discurso evidenciando la naturalidad de las cosas, en el cual resurgen valores aparentemente arcaicos ("rústico", "vegetal"), pero paradigmáticos, "pues mantienen la sociedad en un conjunto global, recuerdan que las influencias naturales no son despreciables, y que hay pasarelas más sólidas de lo que se cree entre el crecimiento natural y el crecimiento individual y social".

En ese panorama, la naturaleza (la recuperación de lo natural) como territorio de la experiencia (la base de la que nos aseguramos, antes de partir al encuentro de los otros, sirviendo igualmente de lugar de receso, de necesidad), opera un reencantamiento del mundo, oponiéndose al desencantamiento propio a periodos anteriores, donde la estética había sido apagada, o confinada a espacios (museos) y tiempos (fiestas oficiales) bien delimitados de la vida corriente, como discute Maffesoli (1996:121).

La nostalgia del claustro, la práctica de los retiros, fugas para locales desiertos, las caminadas en grupo en la soledad salvaje, los ejercicios ascéticos u otro *training* espiritual, trazos de la ecologización del mundo social, nos obligan a enfrentar la religiosidad contemporánea, esencialmente sincretista, pero, sobre todo, "permite resaltar que esa religiosidad es tribal, y que reposa en el reparto, en un dado momento, de un territorio real o simbólico" (ibid.: 267). Así, la extraordinaria difracción del naturalismo contemporáneo sería una modulación específica de la religiosidad ambiente de ese fin de siglo.

El campo de la relación con la naturaleza es amplio, extendiéndose del discurso ambientalista, con sus acentos tecnocráticos, al jardinero de domingo cultivando y deleitándose en su huerto, pasando de la descripción poética de un paisaje al deseo de experimentación propuesto en los folletos turísticos.

Si la edificación de la ciencia se ha realizado gracias a la objetivación del natural, evacuándolo de la esfera social, actualmente percibimos una inversión, constituyéndose el componente natural como el “empeño de la performatividad”, la naturaleza permitiendo una especie de “enraizamiento dinámico”.

Una mentalidad ambientalista se está manifestando en la actualidad, rescatando la necesidad erótica de mantener encendido el deseo de vivir, como bien coloca Cascino (1998: 269), donde está implícito un pensamiento complejo, amplio, “*multicentrado, abarcando innumerables aspectos de la vida contemporánea, permeando otras coyunturas y necesidades humanas, rediseñando la arquitectura del deseo humano de vivir bien, ampliando el discurso sobre el medio, sobre las exigencias y condiciones de calidad de vida*”.

En el límite de su supervivencia, el hombre estaría (re)descubriendo la importancia de saber vivir, sus preocupaciones sobre el medio son ampliadas, en una recuperación de valores aparentemente desaparecidos, imponiendo “*la búsqueda por la mudanza en los paradigmas que dictan la relación del mismo con el medio natural*” (*idem*).

Surge una noción de ambientalismo, conforme Cascino (1998: 266), en la cual está embutida no sólo la preservación, de manera aislada y estancada, pero integrando una infinidad de contenidos, de complejidad del conocimiento, articulando una visión diferenciada sobre los hechos naturales, socioculturales, político-económicos, en un entendimiento del ser humano como “*elemento corresponsable, fundamental, en todo lo que ocurre en el ámbito de la supervivencia física del planeta y de la propia calidad de vida en un sentido amplio, renovado y diferenciado*”. En esa dirección, prosigue el autor, “*las nuevas configuraciones del expresar la política, el hacer reivindicaciones, el actuar sobre los temas de interés e importancia en la defensa de territorios existenciales colectivos e individuales se reviste de inéditas estructuras simbólicas, abriendo campos hasta entonces intocados de la expresión humana, rompiendo con viejos mensajes, envejecidos colores de expresión de los deseos*”.

Podemos pensar estas cuestiones encaminadas a partir de la década de 1960, en los movimientos contraculturales, constituyendo y desembocando en crisis deflagradas en el ámbito de las instituciones (familia, escuela, Iglesia, entre otras), bien como contestando instrumentos socioculturales y político-económicos de organización de las sociedades, cuestionando teorías y prácticas en torno de la lucha por el poder.

Un nuevo ecologismo, en contra posición a la concepción de “protección a la naturaleza” presente en instituciones provenientes del siglo XIX (sociedades de protección de la naturaleza, de la vida salvaje, de los animales etc.), se origina, como muestra Diegues (1996: 39), de ese movimiento activista crítico de la sociedad tecnológico-industrial (tanto capitalista cuanto socialista), limitadora de las libertades individuales, homogeneizadora de las culturas y, sobre todo, destructora de la naturaleza.

Movimiento ambientalista¹ constituyéndose en blanco de censuras, pues representaba un modelo importado de los países industrializados, nacido con la opulencia de la riqueza (rechazando el industrialismo y los valores consumistas), no reflejando aspiraciones y conceptos sobre la relación hombre/naturaleza de los países subdesarrollados, pues muy raramente incluían el problema de la pobreza y, principalmente, la mala distribución de renta. Entretanto, en los años 80, coloca Diegues (*ibid.*: 38), “*quedó más difícil la defensa del ambientalismo primermundista, por causa de la grave recesión que generó altas tasas de desempleo*”.

Las contrapropuestas ecologistas se direccionaron para “*una sociedad libertaria, constituida de pequeñas comunidades autosuficientes, utilizando una ciencia, un trabajo y una tecnología no alienante y la afirmación de la sociedad civil en contraposición a un Estado centralizador*”. Una utopía simplista se manifestó en este movimiento de ruralización y propuesta de vuelta a las comunidades rurales, cual sea, el retorno a los modelos de convivencia de los pequeños pueblos y villas.

Traiendo temas de gran alcance político en su interior (energía nuclear, autonomía local, crecimiento económico), ellas desencadenaron un alejamiento en relación al poder instituido, colocándose al mismo tiempo como fuerza política, conquistando espacios (partidos, ministerios, organizaciones no gubernamentales).

Surgió un ámbito propicio para el desarrollo de abordajes, temas y problemas hasta entonces considerados irrelevantes para la investigación social. No más se ateniendo a la narrativa de las conquistas de los “grandes hombres”, esos temas se expandieron para aspectos de la vida cotidiana, examinando modos de amar, trabajar, divertirse, prácticas y representaciones corporales.

En ese sentido, algunos como Leis (1998: 20) plantean que el ambientalismo constituye un paradigma emergente, entendido como *“un conjunto más o menos coherente de valores e ideas con capacidad explicativa y transformadora de la realidad social y política”*, obteniendo éxito en la competición con otros paradigmas existentes, llegando a afirmar que en ese movimiento había la pretensión de una *“revolución ambiental”*, suponiendo una redefinición axial de nuestra civilización.

Caracterizado por Leis (*ibid.*: 40) como un proyecto realista-utópico, solamente vendrá a ocurrir a través de la construcción de puentes y aproximaciones entre fenómenos contrarios, o sea, *“en la armonización de las experiencias espiritual y material, en la reconciliación de los planos trascendental e imanente por que pasa la humanidad”*. Según ese autor, siendo el ambientalismo realista-utópico, se constituye en un proyecto en abierto, no lineal.

Problematizando las visitas a la naturaleza

Estas concepciones vinculadas al ecoturismo, aunque considerando varios aspectos, como los problemas oriundos del choque cultural, la problemática cuestión del retorno parcial de la renta obtenida por la actividad para la población receptora y otras, parecen permanecer *“con sus aspectos perversos criando resultados inesperados, mudanzas indeseadas y dependencias dionisíacas o patrimoniales”* (Ribeiro & Barros, 1997: 30).

Prácticas generalmente no reflexionadas, ni discutidas, refugiándose bajo la adjetivación del ecológico, en la medida en que éste representa *“una relativización de los sentidos de esas mismas prácticas, que ya estarían entonces ‘dados’ por el propio funcionamiento de la sociedad”* (Silva, 1997: 145). Se presencia, por lo tanto, una legitimación de esas prácticas, revestidas por un adjetivo, el cual por si solo se torna suficiente para ejecución de cualquier propuesta de esa especie, mismo que no comprometida con ningún vínculo educativo, valorizando y difundiendo la diversidad cultural y biológica.

El discurso sobre la afirmación de la naturaleza como un derecho de todos (*“la naturaleza es de todos”*)² no viene para responsabilizar al turista, como muestra Silva (*ibid.*: 148), pero para éste colocarse *“en igualdad de derechos con las poblaciones de los diversos locales”*.

La autora (*ibid.*: 149) discute sobre una dupla destitución de las *comunidades tradicionales* ocurrir en el funcionamiento de ese discurso ecológico, referente a los aspectos jurídico y económico. Cuanto al primero, *“por la afirmación generalizada de los derechos sobre la naturaleza, con la cual, en los lugares determinados, turistas y comunidades tradicionales, que no tienen el mismo vínculo, puedan tener los mismos derechos”*. Cuanto al segundo, *“en la afirmación de su pobreza, lo que significa que la riqueza natural de esos lugares no es la riqueza para las poblaciones, sino para el turista”*.

El turista no posee vínculo con el lugar, y en ese sentido, recorro a Augé (1994: 74) sobre su espacio constituirse en el arquetipo del no lugar, o sea, constituido como no identitario, no relacional, no histórico, tejiendo una comunicación extraña, la cual coloca al individuo *“con una otra imagen de si mismo”*.

Sin dejar de considerar la posibilidad de acciones limitadas, acentuando la comunidad y la localidad, las resistencias locales y regionales, los movimientos sociales, el respeto por la alteridad, se corre el riesgo de la apelación por una política sectaria y estrecha, donde el respeto por los otros puede perderse en una competición por entre los fragmentos.

Por otro lado, las actividades, donde la pretensión del núcleo ecológico es manifestada, restringense a factores físico-bióticos del medio ambiente, relegando a planos de menor importancia los aspectos socioculturales y político-económicos característicos de las poblaciones locales. Por lo tanto, la redefinición de los modelos de desarrollo pautados en los *“criterios ecológicos”* ocurre, como discuten Ribeiro & Barros (*op. cit.*: 39), *“mucho más en el sentido de una adecuación a la idea de ‘equilibrio con el medio natural’ de que en relación a la de justicia social, al reconocimiento de las poblaciones humanas como los verdaderos sujetos del medio ambiente”*.

Aun en esa discusión, se percibe un fuerte énfasis en las posturas empresariales y políticas de planificación y gestión, cuando el discurso enfoca el turismo sostenible, despreciando aspectos relativos a las conductas sociales como actitudes, expectativas y valores

de la población, no respondiendo a la necesidad de preservación de los recursos naturales para garantizar su continuidad y regeneración, costumbres y estilos de vida, en la búsqueda del enriquecimiento de la experiencia turística y en los beneficios provenientes de la propia.

El espacio del turismo "ecológico" privilegia áreas naturales apelativas del punto de vista estético, "según valores occidentales", como selvas, cascadas, ríos extensos, *canyons*. Aquí me remeto a Diegues (1997: 87), en su discusión tomando como referencia el caso de las áreas preservadas, refiriéndose principalmente a los parques, donde ocurre una discriminación de áreas naturales "menos nobles", como pantanos, aguazales, sabanas, etc., "aunque esos ambientes puedan ser esenciales para el funcionamiento de los ecosistemas".

Esas cuestiones nos conducen a una reflexión sobre las posibilidades de aprendizaje en una relación próxima con la naturaleza. El aprendizaje de los sentidos y los sentimientos, el cual puede ser desarrollado en las visitas a la misma, a través de los sonidos, de las visiones, de los espacios, de los olores, de los sabores, de los contactos y contratos establecidos con ella.

Implica igualmente la posibilidad de repensar, como Marc Augé (1998: 46), sobre la necesidad de frecuentar lugares de "futilidades esenciales", en la perspectiva de ejercitar nuestras ideas, en el dulce balanceo del no hacer nada, donde la técnica de la pereza pueda en fin estar a servicio del tiempo libre. Ejercicio aparentemente simple, pero casi imposible en un mundo encojido, comprimido, donde no tenemos tiempo siquiera para estar en agonía, donde somos atropellados por exceso de informaciones, hecho denunciado por Harvey (1993: 315), como una de las mejores inducciones al olvido, donde el tiempo de la vida es regido por la lógica de la productividad, del rendimiento. La técnica de la pereza exige otra concepción de tiempo, menos compulsiva, en una relación más relajante con la vida, donde se permita pasar ("perder") el tiempo y donde el tiempo pasado ("perdido") sólo pueda ser recuperado sea en la playa, en el campo o en la montaña.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, Marc (1994). *Não lugares: Introdução a uma antropologia da supermodernidade*. Campinas: Papirus.
- _____. (1998). *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- BRUHNS, Heloisa T. (1998). "Visitando a natureza, experimentando intensidades". In: VASCONCELOS, Fábio Perdigão (org.), *Turismo e meio ambiente*. Fortaleza: Editora Funece.
- CASCINO, Fábio (1998). "Pensando a relação entre educação ambiental e ecoturismo". In: VASCONCELOS, Fábio P. (org.), *Turismo e meio ambiente*. Fortaleza: Editora Funece.
- DIEGUES, Antonio C. (1996). *O mito da natureza intocada*. São Paulo: Hucitec.
- _____. (1997). "As áreas naturais protegidas, o turismo e as populações tradicionais". In: BRUHNS, Heloisa T. e SERRANO, Célia M. T.(orgs.), *Viagens à natureza: Turismo, cultura e ambiente*. Campinas: Papirus.
- HARVEY, David (1993). *Condição pós-moderna*. 3ª ed. São Paulo: Loyola.
- INFORMATIVO DA VENTURA & AVENTURAS TURISMO. Ano II, nº 5, ago./set./out. 1998.
- LEIS, Héctor R. (1998). "Ambientalismo: um projeto realista-utópico para a política mundial". In: VIOLA et alli. *Meio ambiente, desenvolvimento e cidadania*. 2ª ed. São Paulo; Florianópolis: Cortez/Ed. da UFSC.
- MAFFESOLI, Michel (1996). *No fundo das aparências*. Petrópolis: Vozes.
- _____. (1998) *O tempo das tribos*. 2ª ed. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- RIBEIRO, Gustavo L. e BARROS, Flávia L. (1997). "A corrida por paisagens autênticas: Turismo, meio ambiente e subjetividade no mundo contemporâneo". In: BRUHNS, Heloisa T. e SERRANO, Célia M.T. (orgs.), *Viagens à natureza: Turismo, cultura e ambiente*. Campinas: Papirus.

SILVA, Telma Domingues (1997). “O ambiente e o turista: Uma abordagem discursiva”. In: BRUHNS, Heloisa T. e SERRANO, Célia M.T.(orgs.), *Viagens à natureza: Turismo, cultura e ambiente*. Campinas: Papirus.

Notas

Se torna importante aclarar que el ambientalismo posee varios enfoques, con posturas marcadas en cuanto a la relación hombre/naturaleza (ecocéntricos, tecnocéntricos, emancipatorios, antropocéntricos). A este respecto consultar Diegues (*op. cit.*).

² Evidentemente este discurso encubre el hecho de que, aunque la naturaleza sea de todos, no todos son verdaderamente iguales, en un sistema donde los intercambios son bastante desiguales.